

del notable miembro de la generación española del 98, Ramón del Valle Inclán y de la escritora chilena, posteriormente premio Nóbel de Literatura, Gabriela Mistral, entre otros. Particularmente importante fue la presencia de Gabriela Mistral porque no sólo se limitó a impartir charlas sobre temas de su conocimiento, sino que ayudó en tareas específicas de la Secretaría.

Todo ese mundo, creado alrededor del escolar y del ciudadano, se intensificaba con la creación de nuevos planteles y escuelas. Vasconcelos fue especialmente sensible al impulso de creación de centros escolares de enseñanza técnica, tanto para hombres como para mujeres. En este sentido, su gestión representa ecos magonistas, en lo tocante a rechazar la producción de profesionistas estériles y preferir la de técnicos útiles. Incluso se dio origen a la fundación del Instituto Técnico Industrial, cuyas instalaciones no se llegaron a concluir. Dentro del ámbito universitario, la Escuela de Industrias Químicas de Tacuba, recibió un gran impulso oficial y, a su vez, contribuyó a la ramificación de actividades tendientes al fortalecimiento de la enseñanza técnica e industrial. No se sacrificó este renglón por el estético. De hecho, se trataba de proporcionar una formación integral a los individuos. Se repetía: "es mejor ser un buen artesano que un mal abogado".

Toda esta actividad, si bien tuvo su centro en la capital, pudo ramificarse hacia la provincia. Fue importante la realización de constantes giras a los estados, cuyos gobernadores recibían a los funcionarios del Gobierno Federal con simpatía. La Secretaría de Educación Pública, estaba cumpliendo con su tarea. Pese a modificaciones posteriores, que incluso contradijeron el programa vasconcelista, con su sola inercia se hizo presente por lo menos veinte años, aunque ya despojado de la mística que le infundió su creador.⁶

LA LECTURA: EL ELEMENTO FUNDAMENTAL

En *El desastre*, tercer volumen de la tetralogía iniciada con el *Ulises criollo* en la que José Vasconcelos narra su vida, se expresa que si un pueblo no tiene qué leer más vale dejarlo analfabeta. Esta frase tenía por objeto defender la acción editorial de la Secretaría de Educación

⁶ *Ibidem*. Este apartado intenta considerar los principales aspectos que aparecen en las diversas obras de Vasconcelos sobre el tema. Véase nota anterior.

Pública de los ataques que le lanzaron los diarios. Vasconcelos consiguió que el presidente Obregón permitiera que los Talleres Gráficos de la Nación pasaran a la Secretaría de Educación y que, además, se dotara su Departamento Editorial de nuevas prensas. Asimismo, la Secretaría inició el establecimiento y dotación amplia de libros a las bibliotecas. Sin material de lectura, toda la acción educativa descrita en el apartado precedente no tenía sentido y, sobre todo, le faltaría su principal basamento.

La industria editorial mexicana tenía una vida muy precaria en los años que corrían parejos con la Revolución Mexicana, entre otras cosas porque carecía de un mercado amplio. Por otra parte, las bibliotecas eran pocas y la mayoría funcionaban más como bodegas o depósitos de libros que como lugares de lectura. En ese sentido, las largas temporadas que pasó Vasconcelos exiliado en los Estados Unidos le hicieron ver la importancia de que un país cuente con centros de lectura. Para él resultaba de mayor interés la biblioteca práctica, donde hubiese libros de información y aprendizaje, que colecciones de incunables y libros raros. Estas también tienen sentido, aceptaba, pero resultaban más necesarias las otras.

Es muy significativo que durante el primer año de su gestión como rector, todavía antes de la creación de la Secretaría, se hayan echado a andar 198 bibliotecas, divididas en 64 municipales, 80 obreras y 54 escolares, con una dotación total de 20 000 libros para todas. Dos años más tarde, el número subió a 671, incluyendo 21 ambulantes y una circulante. A las nuevas bibliotecas se les dotó de 65 000 volúmenes, que sumados a los cien mil repartidos entre 1921 y 1922 se demostraba elocuentemente el interés oficial por incrementar la lectura y hacer que sirviera de complemento a las campañas de alfabetización.

Paralela a la idea de la creación del Estadio Nacional y del edificio de la Secretaría, Vasconcelos tenía otra relativa a la edificación de una Biblioteca Nacional que hubiese quedado frente a la Alameda Central. Lector asiduo de la Biblioteca Pública de Nueva York, de la del Congreso de Washington, de otras menores pero selectas como la Huntington de San Marino, cercana a Los Ángeles y la de Nueva Orleans, estaba consciente de la improvisación que significaba albergar a la Biblioteca Nacional en el local de la antigua iglesia de San Agustín, donde pese al magno esfuerzo de don José María Vigil, quedaba mucho por hacer.

El presupuesto que hubiesen implicado todos esos proyectos no esta-

ba al alcance de los recursos del erario, por lo que el de la Biblioteca Nacional fue un proyecto frustrado y hubo de continuar en su sede de las calles de Uruguay hasta 1979. No obstante, Vasconcelos creó dos bibliotecas importantes: la Iberoamericana, especializada en obras relativas a la cultura, historia y realidad latinoamericana, alojada a un costado de la Secretaría, y la Biblioteca Cervantes, dedicada a la literatura y que se albergó en un edificio nuevo, en la colonia Guerrero. Los miembros de la generación del Ateneo de la Juventud sabían valorar el arte colonial y uno de sus miembros, el arquitecto Jesús T. Acevedo, influyó mucho para que se adoptasen modelos novohispanos para la construcción de una nueva arquitectura mexicana. La Biblioteca Cervantes es uno de los mejores ejemplos que ilustran esta tendencia.

Mas la lectura no sólo se realiza en establecimientos públicos. La utopía de un hombre culto, de un buen lector, es que en todas las casas de los ciudadanos hubiese libros y, particularmente, aquellos cuyo mensaje y contenido fuesen universales. José Vasconcelos, como ya se dijo, era un gran lector desde su infancia. Es por ello que llegó a decir, frente a la crítica pusilánime, que sostenía que los niños no comprenderían a los clásicos, que en realidad los niños eran inteligentes pero se volvían estúpidos al llegar a los dieciséis años. El plan vasconcelista de ediciones era publicar cien obras fundamentales de la cultura universal, y al mismo tiempo, libros de índole técnica que sirviesen de auxiliares docentes y elementos de autoaprendizaje.

Se procedió por lo mismo a editar los clásicos de la literatura universal, antiguos y modernos, además de obras auxiliares didácticas. Entre los últimos hubo libros de carácter elemental de lectura. Sin embargo, lo más sobresaliente fue la colección de los clásicos. En libros de formato regular, empastados en verde, y con el escudo universitario en los forros interiores, el público recibió, a precios muy bajos, obras como *La Ilíada*, *La odisea*, las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides, tres volúmenes de *Diálogos* de Platón, las *Enéadas* de Plotino, los *Evangelios*, literatura hindú, textos del budismo, *Fausto* de Goethe, la *Divina Comedia* y, junto a ellos, libros como la *Historia de la antigüedad*, de Justo Sierra y los *Principios críticos sobre el virreinato*, de Agustín Rivera y San Román, sacerdote liberal, fallecido en 1916, polémico y famoso. En suma, libros fundamentales en ediciones de gran tiraje, para que llegasen a todos lados y sirviesen de basamento espiritual en la formación de la nueva cultura mexicana.

Cada libro tenía un estudio introductorio, tomado ya de algún texto de literatura o de filosofía y, en ocasiones, un glosario de términos de comprensión difícil. Las traducciones eran, las que hubiese a mano, como las de Segala y Estaella, de Homero, o se procedía a hacerlas del inglés o del francés, pues no se trataba de verter textos de las lenguas clásicas al castellano cuando lo urgente era editarlos. Así, por ejemplo, el texto de Plotino traducido del inglés, por el joven colaborador de Vasconcelos, Daniel Cosío Villegas tenía como prólogo un estudio del eminente especialista alemán Eduard Seler.

Años más tarde, Vasconcelos seguía sintiéndose orgulloso de esta parte de su tarea, acaso la más perdurable. No faltaron críticas en su tiempo, pero respondió a todas. Los editores se quejaban de competencia desleal, por parte del gobierno, cuando el Secretario les hacía ver lo contrario: la tarea editorial les abriría mercado, con los nuevos lectores que los clásicos habrían de crear.

La labor editorial se completó con otros elementos básicos: la edición de la revista *El Maestro*, que contenía una miscelánea de textos de los más variados autores y que servía magistralmente como vehículo de difusión cultural.⁷ Además de esta excelente revista, resumen del saber contemporáneo, con la participación de Gabriela Mistral, la Secretaría de Educación publicó una antología llamada *Lecturas clásicas para mujeres*,⁸ destinada a formar una imagen típica de la mujer latinoamericana y a hacer que participara de la lectura. El otro libro, verdadera obra maestra en su género es igualmente una antología: *Lecturas clásicas para niños*.⁹ Ésta es obra de interés permanente. Está dispuesta en dos volúmenes, el primero recoge los textos de la antigüedad oriental y helénica, ya con resúmenes, ya con selección de fragmentos de las grandes obras de la literatura universal. El segundo se dedica a los textos de las edades media y moderna, hasta llegar a América. Se parte de obras castellanas, como *El Cid*, el *Conde Lucanor* y *Don Quijote*, para llegar a leyendas germánicas y resúmenes de algunas piezas de Shakespeare y pequeños textos del México antiguo, del Perú colonial y otros relativos a héroes latinoamericanos como Hidalgo y Bolívar. La obra

⁷ Este tema está muy bien tratado en Blanco, *op. cit.*, pp. 102-113, *cf.* todo el capítulo llamado "Civilización y barbarie". El Fondo de Cultura Económica ha reeditado en 1980, en facsímil, la revista *El Maestro*. Su consulta es fundamental.

⁸ Hay reimpresión, de Porrúa, 1969.

⁹ Hay reimpresión, a cargo de la Comisión de los Libros de Texto Gratuitos, 1971, facsimilar.

está bellamente ilustrada por Roberto Montenegro y Enrique Fernández Ledesma. Contribuyeron a su elaboración, Gabriela Mistral, Palma Guillén, y algunos miembros del grupo de los Contemporáneos, como sería conocido hacia 1928 el integrado por Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, José Gorostiza y Jaime Torres Bodet, entre otros, y que trabajaban entonces en la Secretaría.

No alcanzó Vasconcelos a editar las 100 obras que se proponía, pero sí logró inundar el país con libros, bibliotecas públicas y privadas, así como motivar a los lectores a entregarse a los clásicos y, en general, a las obras publicadas entonces por la Secretaría de Educación Pública.

FIN DEL EXPERIMENTO

No sólo en el renglón educativo, sino en muchos otros, los tres primeros años del gobierno de Obregón fueron promisorios y llenos de logros. Hubo copioso reparto agrario, construcción de caminos, edificación de obras públicas, restauración de la fisonomía de las ciudades, mayor flujo de capital, aumento de fuentes de trabajo, en suma, entre 1920 y 1923 se vivió un clima de recuperación, y de construcción revolucionaria de lo que en el decenio anterior se había destruido por las guerras. Sin embargo, no pudo ser permanente esta breve edad que muchos añoraron después como dorada. La sucesión presidencial y el reconocimiento del nuevo régimen por parte de los Estados Unidos habrían de ensombrecer el panorama político, económico y social de México para 1924.

El reconocimiento de los Estados Unidos, costó que se hicieran grandes concesiones que otorgó el gobierno mexicano a los representantes del norteamericano en los Convenios de Bucareli. Posteriormente, sobrevino la fuerte presión ejercida por los petroleros estadounidenses en contra del gobierno mexicano, pero, sobre todo, las grandes dificultades surgidas a raíz de la lucha por la sucesión presidencial.

Adolfo de la Huerta y Plutarco Elías Calles eran los más viables aspirante a suceder a Obregón. Ambos contaban con partidarios, pero los sectores medios se inclinaban por De la Huerta y los obreros por Calles. Los campesinos y el ejército seguían firmes con Obregón, dispuestos a marchar por el rumbo que él les indicara. Cuando la balanza del poder se inclinó por Calles, De la Huerta renunció a la Secretaría de Hacienda y protestó públicamente por los convenios suscritos en Buca-